

“¿Es esto realmente lo definitivo en la pregunta por Edith Stein? Uno puede inclinarse con razón a encontrar esto definitivo en su particular religiosidad cristiana: en el modo como se une en ella un componente carmelitano básico, y otros dominicano y benedictino auténticos”.

Erich Przywara<sup>2</sup>

La elección de Edith Stein del nombre Teresia *Benedicta* de la Cruz, con motivo de su toma de hábito en el Carmelo de Köln-Lindenthal, ofrece un punto de partida interesante para meditar acerca de su identidad espiritual. La presencia de san Benito entre sus patronos refleja los cinco años de contacto con la orden benedictina que ella ha cultivado.

Como afirma Adelgundis Jaegerschmid osb, el primer nombre contiene la memoria decisiva de su conversión gracias por su encuentro con Teresa de Ávila, pero *Benedicta* como segundo nombre principal expresa a su vez un rasgo biográfico significativo de su personalidad interior: “En los años posteriores a su conversión –como para muchos conversos– la abadía benedictina de Beuron había llegado a ser una patria espiritual para ella”<sup>3</sup>.

“Santa discretio”  
o “Virgo  
*benedicta*”  
La influencia de  
la espiritualidad  
*benedictina* en  
Edith Stein

CuadMon 139  
(2001) 451 - 463

<sup>1</sup> Doctora en Teología por la Facultad de Teología de la UCA. Profesora Adjunta Asociada de Teología Dogmática y Espiritual en la Facultad de Teología de la UCA. Profesora en la Facultad de Teología de la Universidad del Salvador, en el Instituto Salesiano de Estudios Teológicos, en el Instituto Teológico Franciscano, y en el Instituto de Profesorado “Ntra. Señora de las Nieves”.

<sup>2</sup> E. PRZYWARA, *In und gegen. Stellungnahmen zur Zeit*, Nürnberg 1955, 71.

<sup>3</sup> A. JAERGERSCHMID, “*So erlebte ich Edith Stein*”, en: W. Herbstrith (ed), *Edith Stein – Wege zur inneren Stille*, Aschaffenburg 1987, 25-51, 49.

Este aire "benedictino auténtico" en ella se presenta, sin embargo, lleno de misterio. La causa de ello está sencillamente a la vista: "Edith Stein ha dicho poco o casi nada sobre su contacto con el espíritu de san Benito. Estamos más ilustrados al respecto mediante testimonios sobre ella que a partir de su propia comunicación"<sup>4</sup>.

Con todo, se encuentran en sus escritos algunos textos importantes que ponen de manifiesto esta impronta benedictina. En este sentido, lo decisivo entre sus obras parece ser su estudio breve sobre la *Sancta Discretio* que ella compuso para su maestra de novicias, Sor Teresia Renata Posselt, aunque algunos autores también señalan la meditación sobre el *Misterio de la Navidad* escrita en la atmósfera espiritual de la abadía de Beuron<sup>5</sup>.

También vale la pena tener en cuenta algunas de sus vivencias volcadas en distintos intercambios epistolares, para esclarecer su contacto estrecho con Beuron. La siguiente narración, en una carta dirigida a Roman Ingarden el 22 de diciembre de 1930, es significativa a tal fin: "En dos días es Nochebuena y puedo celebrarla en mi querido Beuron casi como un verdadero monje"<sup>6</sup>. Naturalmente que este sentirse en su casa con los benedictinos está en relación con sus orígenes judíos: el encuentro con san Benito y sus monjes significaba para ella el vínculo con los orantes del Antiguo Testamento, los profetas y los salmos.

La influencia religiosa de la espiritualidad benedictina sobre Stein se podría resumir sobre todo en los puntos: la participación en la oración oficial de la Iglesia como ampliación de su horizonte, y la regla benedictina como camino hacia el don del discernimiento. En este artículo, quiero presentar el primer tema desde una clave histórico biográfica y el segundo mediante una perspectiva espiritual y teológica. Como conclusión propongo una breve mirada a la singularidad de su fisonomía espiritual.

### 1. La marca de Beuron sobre Edith Stein

Entre 1928 y 1933 –el año de su entrada en el Carmelo de Köln– Stein

---

<sup>4</sup> W. HERBSTRIETH, *Edith Stein. Etappen einer leidenschaftlichen Suche nach der Wahrheit*, München – Zürich – Wien 1991, 53.

<sup>5</sup> Cf. K. OOST, "Ein glücklicher Mönch". *Edith Stein in Beuron*, en *Erbe und Auftrag* 74 (1998) 274-284, 276.

<sup>6</sup> EDITH STEIN, *Briefe an Roman Ingarden*, en ESW XIV, Freiburg – Basel – Wien 1991, 217. La edición de las obras en alemán, *Edith Steins Werke*, está preparada por Lucy Gelber y Michael Linssen; en adelante, se cita con la sigla ESW seguida del número de tomo y las páginas.

estaba a menudo como huésped en Beuron<sup>7</sup>, sobre todo pasaba allí la Semana Santa. En este tiempo ella era docente en el Liceo de Dominicas en Speyer y se dedicaba a las estudiantes y a las jóvenes religiosas con talento pedagógico y espiritual. Dado que todavía no podía realizar sus propósitos de vida religiosa, había hecho votos privados desde años atrás.<sup>8</sup>

Ya es conocido cómo llegó a emparentarse con los benedictinos: "En 1927 falleció el director espiritual de Edith Stein, el prelado Schwind, y P. Przywara le sugirió ponerse en contacto con la abadía benedictina de Beuron. Ella lo hizo y pronto creó lazos de amistad con el energético abad Walzer"<sup>9</sup>.

Edith Stein no se sintió decepcionada de esta nueva relación con Beuron: su encuentro con Benito de Nursia, el padre del monacato occidental, posibilitó la profundización de su fe como camino hacia la verdad y condujo su anhelo de Dios hacia la objetividad de la oración y celebración litúrgicas. Tal como explica Przywara: "Lo benedictino de la liturgia significó para ella la cristianización de su tradición judía, en tanto los salmos de la Antigua Alianza son el corazón de la liturgia cristiana"<sup>10</sup>.

Las mismas cartas de Stein testimonian la profundidad y gratitud de esta experiencia: "Mi corazón está todavía allí y sólo viene para aquí en la medida que lo necesito; en lo demás, él espera hasta que yo pueda volver nuevamente"<sup>11</sup>. Beuron había ganado un lugar en el corazón de Edith, que hasta 1933 no iba a ser compartido con ningún otro. Así aclara Oost: "También el que ella quisiera *ser un monje feliz durante casi dos semanas* o, como ella expresa en otra ocasión, celebrar la Nochebuena *casi como un verdadero monje en mi querido Beuron*, permite percibir cuán acogida y perteneciente ella se sentía en este lugar"<sup>12</sup>.

En el P. Walzer, Stein había encontrado un "acompañante perceptivo, despierto y sensible" para su vida espiritual<sup>13</sup>. Él la ha apreciado mucho en tanto personalidad madura y pacífica. Según narra Herbstrith: "Él la llamaba la *Virgo sapiens...* Era para él la regalada de modo abundante por Dios, la demo-

<sup>7</sup> Para mayores datos de la abadía de Beuron, cf. J. HEALY, *Edith Stein: Sancta Discretio*, en *The American Benedictine Review* 52:2 (2001) 121-137, 126ss. El calzado HEALY tiene el mérito de ofrecer la traducción completa del texto steiniano al inglés por primera vez, cf. *ibid.*, 134-137.

<sup>8</sup> Cf. W. HERBSTRIETH, *Edith Stein und ihre Beziehung zum Benediktinischen Mönchtum*, en *Regulae Benedicti Studia* 3/4 (1974/5) 101-113, 101.

<sup>9</sup> HERBSTRIETH, *Edith Stein. Ettapen*, 54. Cf. PRZYWARA, *In und gegen*, 64.

<sup>10</sup> Cf. *ibid.*, 71.

<sup>11</sup> EDITH STEIN, *Selbstbildnis in Briefen 1*, en ESW VIII, Druten – Freiburg – Basel – Wien 1976, 81.

<sup>12</sup> OOST, "Ein glücklicher Mönch", 278.

<sup>13</sup> Cf. *ibid.*, 274.

rada totalmente en la verdad amada, la filósofa orante, la oración en persona –expresiones todas que él ocasionalmente ha empleado– tal como recuerda el P. Mauritius Schurr<sup>14</sup>. Durante una estada en USA se le pidió al abad Walzer que hablara de Stein y en aquella oportunidad él relató su primera impresión sobre ella:

“Cuando Edith Stein vino por primera vez a Beuron, ya hacía mucho tiempo que ella no era una principiante en la vida espiritual. Ella traía consigo tal abundante plenitud de virtudes, que inmediatamente encontró en el aire monástico del valle del Donau su auténtico centro espiritual, sin necesidad de cambios interiores o de adquirir nuevos conocimientos. Tal vez se puede decir algo así: ella cosechó aquí frutos, que otros habían cultivado y que ahora llegaban a madurez en el glorioso suelo de su carácter”<sup>15</sup>.

La benedictina Sor Plácida tenía una opinión semejante sobre Edith Stein: “También en aquella época ella cerraba el día con la lectura del correspondiente pasaje de la regla benedictina. (...) Esto era, sin lugar a dudas, una joven hija de san Benito, entusiasmada por la liturgia. (...) Mediante el encuentro con el espíritu de la liturgia benedictina de Beuron, en Edith se resolvió y se desarrolló mucho interiormente”<sup>16</sup>.

Sobre todo –como aclara Walzer– ella quería simplemente estar allí “para estar con Dios, permanecer en la presencia de los maravillosos misterios de salvación, que no se le ofrecía en la naturaleza sino dentro de un espacio sacral cerrado o en la meditación de la silenciosa celda monástica”<sup>17</sup>.

La prioridad era para Stein estar simplemente ante Dios, lo cual era posible para ella también fuera de las horas litúrgicas en la Iglesia de la abadía. La liturgia era el ámbito celebrativo en el cual ella podía volcar toda su existencia; más tarde, renunciaría a él para asumir la austera forma de vida del Carmelo.

Lo externo, un lugar de paz y de quietud, puede ayudar a desarrollar la armonía interior de una persona hacia su plena pacificación, y esto es lo que manifiesta la interioridad de Stein en su encuentro con los benedictinos. Ella

<sup>14</sup> W. HERBSTTRITH, *Edith Stein. Eine grosse Glaubenszeugin*, Annweiler 1986, 163: cita tomada de Oost, „*Ein glücklicher Mönch*”, 274.

<sup>15</sup> R. WALZER, *Edith Stein* (1951), en: W. HERBSTTRITH (ed.), *Edith Stein. Ein Lebensbild in Zeugnissen und Selbstzeugnissen*, Mainz 1998, 102-111, 104.

<sup>16</sup> HERBSTTRITH, *Edith Stein. Etappen*, 59-60.

<sup>17</sup> WALZER, *Edith Stein*, 104.

ha experimentado la alegría propia de quien se siente en su casa y los monjes han recibido de modo especial en su comunidad a este "hermano" inusual<sup>18</sup>.

Su contacto con Beuron ha posibilitado no sólo la participación en la oración oficial de la Iglesia, sino también una introducción en la espiritualidad benedictina. Raphael Walzer, quien era sólo unos años mayor que ella, pudo guiarla por el camino de la sabiduría. Stein estaba fuertemente orientada hacia la verdad de Dios y debía aprender el camino de la sabiduría. Precisamente en el discernimiento de espíritus recomendado por la regla de San Benito ella había encontrado la clave para realizar esta transición<sup>19</sup>.

## 2. El don del discernimiento

Herbstrith nos recuerda que Edith Stein dedicó un escrito espiritual a su maestra de novicias, quien desde 1938 asumió la conducción del Carmelo de Köln por veinte años. El estudio cuyo título era *Sancta Discretio*<sup>20</sup> no ofrecía ninguna recomendación teresiana o sanjuanista, sino que traía a la meditación la discreción benedictina.<sup>21</sup>

En esta elección puede verse claramente la intención de una ayuda que ella misma en su "capacidad de liderazgo sobre la mujer"<sup>22</sup> podía brindar, y a la vez lo "auténtico benedictino" de su espiritualidad. La orientación de Stein a partir de la regla de San Benito muestra, por un lado, la impronta religiosa recibida en su contacto con Beuron<sup>23</sup>, y por otro, el deseo de este don del discernimiento para la priora del Carmelo.

### La tradición monástica

Sobre el concepto "discreto" es oportuno dar una breve clarificación histórica. La discreción benedictina se hizo famosa gracias a Gregorio el Grande. En la Regla de san Benito aparece la palabra sólo tres veces (cf. RB 64; 70), pero esto es suficiente para que tenga lugar en la más alta tradición monástica.

<sup>18</sup> OOST, "Ein Glücklicher Mönch", 277-278.

<sup>19</sup> P. BAUMSTEIN, *Edith Stein and Saint Benedict*, en *Spiritual Life* 32 (1986) 202-208, 204.

<sup>20</sup> El documento fue publicado por primera vez en 1961, recién luego de la muerte de Sor Teresa Renata, en la revista benedictina *Erbe und Auftrag* 38 (1962) 179-181. El texto ha sido reproducido por W. HERBSTRIETH, *Edith Stein – Wege zur inneren Stille*, Aschaffenburg 1987, 94-97.

<sup>21</sup> Cf. HERBSTRIETH, *Edith Stein. Etappen*, 64.

<sup>22</sup> PRZYWARA, *In und gegen*, 71.

<sup>23</sup> A partir de su contacto con la abadía, ella había comenzado a practicar la lectura diaria de la regla, cf. BAUMSTEIN, *Edith Stein and Saint Benedict*, 204.

La palabra latina "discretio", del griego "diakrisis", se distingue del concepto "discernere", en griego "diakrinein": cortar, separar, distinguir, decidir. "Discretio" es la capacidad de discernir y decidir. Vale la pena transcribir la explicación de Steidle al respecto:

«¿Qué es *discretio* en la comprensión del Padre de los monjes? Ella es "el fino discernimiento mediante el cual el monje tiene ante sus ojos el conjunto diverso de las diferentes posibilidades, para poder orientar conforme a él su comportamiento" [K. Heussi]. (...) *Discretio* es la capacidad de discernir entre las numerosas posibilidades del actuar y de realizar aquella que es mejor dadas las circunstancias. La *discretio* puede ser una decisión por lo exigente o lo suave, según las condiciones concretas lo indiquen. Lo decisivo es el juicio concreto sobre lo que es mejor en el caso concreto. *Discretio* es la superación del actuar mecánico, de la acción desprovista de sentido, plan, pensamiento y medida, del obrar sin resolución e imprudente. *Discretio* es entonces la capacidad de discernir, luego la capacidad de ver los valores éticos, y finalmente la sabia medida, es decir, la negativa de una exigencia desmedida para una mayor benevolencia»<sup>24</sup>.

En la regla benedictina, la discreción es la virtud del abad, del padre, del maestro, del educador, del pastor, del médico y del juez del cenobio. La *discretio* capacita al abad para conducir y guiar a la comunidad y a cada monje en particular, según corresponde a su modo propio, a sus capacidades y a sus fuerzas. San Benito enseña en el cap. 64 de la RB: "Él [el abad] piense en el don de discernimiento de Jacob, que dice: *Si sobre-exijo a mi rebaño por la noche, morirán todos en un día*. Éste y otros testimonios para el don del discernimiento –¡la madre de todas las virtudes!– debe ser tenida en cuenta por él; así ordenará todo con medida, para que los fuertes encuentren lo que buscan y los débiles no se desanimen."

En este pasaje san Benito se refiere claramente a la tarea del abad, que consiste en ser "ojo de la comunidad". Visión de futuro y mirada de totalidad son los frutos de la discreción, es decir, el don del discernimiento, de la percepción, y de la moderación en el obrar. La fuerza para el "discernimiento de espíritus" nos será dada por el Espíritu Santo (cf. *1 Jn 3,24-4,6*)<sup>25</sup>.

La opinión de Steidle es que la discreción benedictina es la virtud do-

<sup>24</sup> B. STEIDLE, *Die Regel St. Benedikts*, Beuron/Hohenzollern 1952, 312-313.

<sup>25</sup> G. HOLZHERR, *Die Benediktsregel. Eine Einleitung zu christlichem Leben*, Zürich – Einsiedeln – Köln 1980, 262.

minante; ella sintetiza todas las virtudes que la regla pide del abad como en un punto candente. Abarca la inteligencia, la justicia, la disciplina y la medida, y la capacidad de decisión y determinación. Todas estas virtudes conceden a la *discretio* la medida correcta y la guardan de lo dañoso y nocivo del exceso y de lo insuficiente.

### *Introducción al estudio sobre la "Sancta Discretio"*

Para la siguiente presentación del estudio de Stein<sup>26</sup> divido el texto en dos partes: la primera trata, una larga introducción, está dedicada a presentar la visión benedictina de la virtud de la *discretio* y su relación con la discreción natural. La segunda parte ofrece una interpretación teológica del tema y presenta la discreción sobrenatural en conexión con el Espíritu Santo y sus dones. El estudio comienza con una alusión a la regla:

La santa regla de san Benito se denomina "discreción perspicua" [*discretione perspicua*], caracterizada a través de la discreción. La discreción vale como sello especial de la santidad benedictina. Pero, en verdad, no hay santidad posible sin ella; de hecho, cuando se la comprende de modo suficientemente hondo y amplio, coincide con la santidad misma. (SDS 1)

En este pasaje, la autora muestra dos aspectos: por un lado, da una clave de comprensión para lo "benedictino auténtico". Esta opinión concuerda con la posición de Steidle, quien se expresa así sobre el espíritu de la regla: "No sólo el capítulo sobre el abad, sino toda la regla constituye un maravilloso comentario sobre la discreción monástica"<sup>27</sup>.

Por otro lado, desde el comienzo de su reflexión la autora va a destacar una segunda idea central y es la de la santidad como discreción. Con ello se dice claramente que la discreción es un don necesario para toda la vida espiritual. A través de este pensamiento Edith Stein se sitúa plenamente dentro de la tradición monástica que sostiene que "la discreción como gracia ocupa, entre todas las virtudes, el puesto más elevado y primordial" (Casiano). Porque la discreción es "la madre, guardiana y guía de todas las virtudes", "la fuente y raíz de todas las virtudes"<sup>28</sup>.

---

<sup>26</sup> EDITH STEIN, *Sancta Discretio in der Seelenführung*, en: ESW XII, *Ganzheitliches Leben*, Freiburg – Basel – Wien 1990, 193-195. A continuación se cita en texto con la sigla SDS y el número de párrafo que ha sido añadido para facilitar la lectura del comentario.

<sup>27</sup> STEIDLE, *Die Regel St. Benedikts*, 314.

<sup>28</sup> Cf. *Ibid.*, 313s.

En lo que sigue, Stein presenta el significado corriente, natural, de "discretio", con lo cual se posibilita una explicación progresiva del concepto:

«Se confía algo a alguien "en discreción", es decir, se espera que se callará acerca de eso. Pero discreción es mucho más que reserva. (...) Se nos da una suma de dinero "a discreción", esto es, que queda a nuestra libre disposición. Esto no quiere decir que nosotros podemos comportarnos con arbitrariedad» (SDS 2).

La intención de Stein parece ser la de explorar el sentido natural de la discreción: no se trata simplemente de guardar silencio o de poder disponer a voluntad de algo, sino más bien del "don para distinguir lo que debe ser mantenido en silencio y lo que debe ser revelado" (SDS 2), la capacidad para diferenciar el uso de aquello que está a nuestra disposición.

Un tercer aspecto en esta primera parte de la presentación orienta el tema en relación con la función de conducción: "En modo especial necesita de ella [de la discreción] quien debe guiar almas. San Benito habla de ello en conexión con lo que se exige del abad (Santa Regla, cap. 64): él debe ser en sus disposiciones previsor y considerado (...) él debe *discernir* y sopesar la enseñanza de Jacob que afirma: *Si exijo a mi rebaño demasiado esfuerzo, morirán todos en un día (Gn 33,13)*" [SDS 4].

El abad debe dejarse conducir por el don del discernimiento. La elección de la decisión debe estar orientada hacia aquello que es saludable. Sobre este don de discreción Casiano explica: ella evita toda exageración hacia la derecha o la izquierda y enseña al monje cada vez a avanzar por el mejor camino; ella cultiva ni –hacia la derecha– rendimientos virtuosos exaltados, ni se desvía hacia la izquierda y deja hacer estragos a causa de la laxitud<sup>29</sup>. Stein sintetiza estos aspectos del siguiente modo: "Se podría entender aquí *discretio* como sabia medida. Pero la fuente de esta medida es el don del discernimiento, para aquello que es adecuado para cada uno" (SDS 4)<sup>30</sup>.

La interpretación que Stein ofrece acerca de la *discretio* benedictina coincide con la concepción fundamental de los padres griegos del siglo cuarto, al caracterizarla como "discernimiento". Al finalizar la primera parte del estudio, plantea la pregunta acerca del origen de este don y distingue entre la discreción natural y la sobrenatural. Mientras la primera no llega a la profundidad e

<sup>29</sup> Cf. HOLZHERR, *Die Benediktsregel*, 64.

<sup>30</sup> En el mismo sentido, cf. HOLZHERR, *Die Benediktsregel*, 64.

intimidad del alma, sólo la segunda puede guiar al ámbito del Espíritu que todo lo penetra; de modo tal que:

"La verdadera discreción es sobrenatural. Ella se encuentra sólo allí donde reina el Espíritu Santo, donde un alma se acoge en entrega indivisa y movimiento sin trabas a la suave voz del dulce huésped y está a la espera de su soplo" (GW XII, 194).

En la segunda parte del estudio, en la que aparece lo original de su interpretación<sup>31</sup>, Stein abre un diálogo con la tradición tomista de las virtudes y los dones del Espíritu Santo, y asocia la discreción monástica a la virtud de la prudencia; porque el amor es la virtud más alta, pero sin la prudencia no puede obrar. Tomás de Aquino divide por primera vez entre dones y virtudes en la vida espiritual y enseña la plenitud de las siete virtudes fundamentales mediante la acción de los siete dones del Espíritu<sup>32</sup>.

Para Stein, la *discretio* no debe ser entendida como uno de los siete dones del Espíritu ni como un octavo nuevo, sino que pertenece esencialmente a cada uno de los otros: "Los siete dones son diferentes expresiones de este mismo don" (SDS 7). La discreción toma parte en todos los dones del Espíritu de Dios y por eso se relaciona con cada don y su función correspondiente (cf. SDS 8). Al señalar la plenitud de la discreción como "don de la sabiduría", la autora subraya nuevamente lo sobrenatural de este don:

"La santa discreción es, por consiguiente, radicalmente diferente a la perspicacia humana. (...) Ella discierne como el ojo que ve, en la clara luz del día y sin esfuerzo, los finos contornos de una cosa ante sí" (SDS 9).

Mientras la prudencia es un don de la inteligencia práctica, es decir, la virtud del juicio y de la decisión, la sabiduría ha de ser entendida como el don del amor. En su plena realización, la discreción puede comprenderse como muy cercana a la prudencia y a la sabiduría: "Cuanto más alto sube el caminante, tanto más se ensancha la mirada, hasta que desde la cima se libera la visión panorámica del todo" (SDS 9). Conociendo a Edith Stein, queda claro que ella capta la hondura y la calidad de esta mirada desde su propia experiencia. De este modo, su estudio sobre la "sancta discreto" vale como interpretación de

<sup>31</sup> Según indica HEALY, Edith Stein está dialogando con una obra editada por la destinataria de su texto, *Die siebenfache Gabe*, lo cual aclara mucho del recurso a la enseñanza tomista para aclarar el significado de la *sancta discretio*, cf. *Edith Stein: Sancta Discretio*, 132ss.

<sup>32</sup> Cf. S. PINKAERS, *La vida espiritual*, Valencia 1995, 187.

su propia capacidad de madre espiritual<sup>33</sup>.

Al concluir esta presentación, quisiera recordar unas palabras de Waltraud Herbstrith que ayudan a comprender el itinerario steiniano e iluminan también el de todos los cristianos: "El contacto de Edith Stein con el Carmelo, con Tomás y con los benedictinos muestra, hasta dónde estamos necesitados nosotros los cristianos de ahondar siempre más en el misterio de Cristo a través de los creyentes de todos los tiempos"<sup>34</sup>. En el texto que estudiamos en esta oportunidad, se trata sobre todo de lo "auténtico benedictino" en Stein y que puede convivir e integrarse muy bien con otros carismas.

### 3. Edith Stein o "Virgo Benedicta"

"Hablando humanamente ella hubiera llegado a ser una hija espléndida de san Benito. Pero para ella fue suficiente elegir para sí el nombre del santo patriarca como su segundo nombre religioso. Almas como la suya, que han comprendido el espíritu de la totalidad, están en condiciones de cultivar el mismo espíritu también en una forma especializada de la vida de una orden y llevarlo a su madurez" (abad Raphael Walzer)<sup>35</sup>.

Un testimonio de la misma Edith, tomado de una carta de 1934 dirigida a la madre Petra Brüning osu, muestra hasta qué punto esta mujer se ha experimentado emparentada con la espiritualidad benedictina y confirma la afirmación de Walzer: "Usted me pregunta por el patrono de mi nombre. Ciertamente que es el del Padre san Benito. Él me ha adoptado y me ha dado en su orden un hogar, aunque nunca he sido oblata porque siempre tuve ante mis ojos el Monte Carmelo"<sup>36</sup>.

Creo que Edith Stein, generalmente conocida como carmelita, merece también ser vista a la luz de otras espiritualidades. Me parece de gran significado la interpretación que sobre ella ofrece Erich Przywara: «En lo carmelitano estuvo la razón de su incondicionalidad (hasta la impresión de lo riguroso). En lo dominicano de la "veritas", de la pura verdad, lo fenomenológico en ella recibió la plenificación cristiana. Lo benedictino de la liturgia significó para ella la inmanente cristificación de su tradición judía (...). Soberanía de la carmelitana

<sup>33</sup> Cf. M.A. NEYER, "Eine heilige für unsere Zeit. Edith Stein als Kontemplative", en: *Christliche Innerlichkeit* 9 (1973) 47-54.

<sup>34</sup> Cf. HERBSTTRITH, *Edith Stein und ihre Beziehung*, 112.

<sup>35</sup> WALZER, *Edith Stein*, 105.

<sup>36</sup> EDITH STEIN, *Selbstbildnis in Briefen* 2, en ESW IX, Drueten – Freiburg – Basel – Wien 1977, 13.

incondicionalidad, soberanía de la "pura verdad" dominicana, soberanía del "estilo litúrgico" benedictino»<sup>37</sup>.

Santa Teresa Benedicta, canonizada por la Iglesia universal el 12 de octubre de 1998, nos ofrece en su existencia teológica una interpretación actualizada de la discreción benedictina<sup>38</sup>. En este sentido, se presenta como "hija espléndida de san Benito" y puede caracterizarse como "Virgo Benedicta". Gracias al don del discernimiento ella desarrolla, en gestos y palabras, una teología de la discreción y unifica en su persona el conocimiento y el amor, lo cual representa un fruto de la sabiduría y una señal de la plenitud –tal como ella lo refiere en su estudio–: "Con la unidad crece la plenitud, hasta que todo el mundo se hace visible en la simple radiación de la luz divina, como en la vida de san Benito en la *magna visio*" (SDS 9).

Cafayate 4267  
C1439FUE Capital Federal  
Argentina

*Traducción:*

**Edith Stein: "Sancta discretio en la dirección espiritual"**<sup>39</sup>

[1] La santa regla de san Benito, caracterizada por la discreción, se denomina "discretione perspicua". La discreción vale especialmente como sello de la santidad benedictina. Pero en realidad, sin ella, no hay santidad alguna: si se la comprende con suficiente profundidad y amplitud, ella coincide con la misma santidad.

[2] Se confía algo a alguien "en discreción", esto es, se espera que se calle sobre esto. Pero discreción es mucho más que guardar silencio. Quien es discreto sabe, aunque no se le pida, sobre qué él no debe hablar. Tiene el don de *discernir* qué debe mantenerse en silencio y qué puede ser revelado, cuando es tiempo de hablar y cuando de callar, a *quién* se puede confiar algo y a *quién*

<sup>37</sup> Cf. PRZYWARA, *In und Gegen*, 71.

<sup>38</sup> Cf. V. R. AZCUY, *Una teología epifánica, eficaz y discreta. Diálogo entre Edith Stein y la teología contemporánea*, en *CuadMon* 127 (1998) 386-410, 407ss.

<sup>39</sup> El texto ha sido traducido de: *Edith Steins Werke, Ganzheitliches Leben. Schriften zur religiösen Bildung*, Freiburg – Basel – Wien, Herder, 1990, t. XII, 193-195. El mismo ha aparecido en castellano, en: *Edith Stein, Obras selectas*. Edición de F. J. SANCHO FERMÍN, Burgos, Monte Carmelo, 1997, 261-264. La numeración de los párrafos es añadida para facilitar la citación del texto.

no. Todo esto vale para sus propios asuntos y para los de otros. Vivimos como "indiscreción" si alguien habla sobre algo que lo toca personalmente donde no corresponde, y cuando su omisión fuera hiriente.

[3] Se nos ofrece una suma de dinero "a discreción", es decir, para disponer libremente de él. Esto no quiere decir que podamos comportarnos de modo arbitrario. El donante deja su uso a nuestra consideración, porque está persuadido que nosotros podemos distinguir del mejor modo qué debemos hacer. También en este caso la discreción es el don del discernimiento.

[4] De modo especial necesita discreción quien debe dirigir almas. San Benito habla sobre esto en relación con lo que se espera del abad (cf. RB 64): en sus disposiciones, él debe "ser previsor y considerado", y sea que él encomienda una tarea divina o una mundana, debe *discernir* y sopesar, meditando en el discernimiento de Jacob que dice: "Si exijo demasiado a mi rebaño en el camino, todos morirán en un día" (Gn 33, 13). Éste y otros testimonios para el *discernimiento*, la madre de las virtudes, debe él tomar para su corazón y medir todo de tal modo que sepa cómo exigir a los fuertes y no intimidar a los débiles... En este caso, se podría traducir "discreto" como "sabia moderación". Pero la fuente de tal moderación es el don para discernir aquello que es adecuado para cada uno.

[5] ¿De dónde nos viene este don? En nuestra naturaleza hay algo que, hasta cierto grado, nos capacita para él. Lo llamamos tacto o delicadeza, un fruto de la cultura y la sabiduría del espíritu, heredado y adquirido a través del trabajo educativo y de la experiencia de vida. El Cardenal Newman dice que el caballero perfecto se parece mucho al santo. Pero esto alcanza sólo hasta un cierto límite, por encima del cual se quiebra este equilibrio natural del alma. La discreción natural tampoco penetra en lo profundo. Ella sabe bien "tratar con las personas", así como también suavizar los roces en el engranaje de la vida social. Pero los pensamientos del corazón, lo más íntimo del alma, permanecen escondidos para ella. Allí sólo penetra el Espíritu, que todo lo explora, incluso las profundidades de Dios.

[6] La verdadera discreción es sobrenatural. Ella se encuentra sólo allí donde reina el Espíritu Santo, donde un alma está a la escucha con entrega indivisa y movilidad libre, de su suave voz y espera en su soplo.

[7] ¿Hay que considerar la discreción como un don del Espíritu Santo? Ella no ha de entenderse ni como uno de los siete dones conocidos ni como un octavo nuevo. Pertenece esencialmente a cada don; se puede decir que los siete dones son expresiones de este único don. El don del temor discierne en Dios la *divina majestas* y aprecia la distancia infinita entre la santidad de Dios y la propia impureza. El don de la piedad distingue en Dios la *pietas*, la bondad de Dios, y contempla con amor filial y lleno de respeto hacia él, con un amor que sabe discernir lo que agrada al Padre del cielo.

[8] En la prudencia se hace manifiesto, quizás de forma más inmediata, que se trata de un don de discernimiento sobre aquello que es adecuado en cada situación de vida. En la fortaleza se puede estar inclinado a pensar que sólo es cuestión de algo medido por la voluntad. Pero la separación entre la prudencia que reconoce el camino correcto sin recorrerlo, y la fortaleza que se impone ciegamente, sólo es posible en lo puramente natural. Donde reina el Espíritu Santo, el espíritu humano se vuelve dócil, sin oposición. La prudencia determina sin inhibición el comportamiento práctico, y la fuerza es iluminada por la prudencia. Las dos juntas posibilitan al espíritu humano la adaptación flexible a toda circunstancia. Porque él se entrega sin resistencias al Espíritu Santo, está a la altura de todo aquello que se le presenta. Esta luz celestial le permite discernir con toda claridad, como don de ciencia, todo lo creado y todo suceso en su ordenamiento hacia lo eterno, entenderlo en su organización, y señalar el lugar conveniente y el peso correspondiente que tiene para él. Sí, como don del entendimiento, le da el acceso al conocimiento de las profundidades de Dios mismo y deja brillar la clara verdad revelada ante él. En su plenitud, como don de la sabiduría, lo une con la misma Trinidad y, al mismo tiempo, lo deja penetrar en la fuente eterna y en todo lo que de ella proviene y en ella habita, en cada movimiento de la vida divina que es conocimiento y amor en uno.

[9] La santa discreción es, por consiguiente, radicalmente distinta que la perspicacia humana. Ella no discierne a través de pasos sucesivos del pensamiento, ni mediante el análisis y la síntesis, el comparar y reunir, el concluir y demostrar. La discreción discierne al modo como el ojo, en la clara luz del día, visualiza sin esfuerzo los precisos contornos de una cosa ante sí. La penetración en las particularidades no hace perder la mirada del conjunto y sus conexiones. Cuanto más alto sube el caminante, tanto más se amplía la visión, hasta que desde la cima llega a verse libremente todo el panorama. El ojo del espíritu, iluminado por la luz divina, alcanza hasta las distancias más lejanas, nada se confunde ni llega a ser indistinguible. Con la unidad crece la plenitud, hasta que en el simple rayo de la luz divina todo el mundo se hace visible, como en la *magna visio* de san Benito.